

## BREDA

EUGENIO FUENTES

Si hoy tuviera que elegir una de entre las muchas satisfacciones literarias que me ha proporcionado la escritura de mi primera novela, *Las batallas de Breda* (Premio Cáceres de novela corta 1988), creo que me quedaría con la invención del territorio ficticio que da título al libro. Cartografiado con la juvenil y osada inconsciencia de lo que suponía tal empeño, ahora tal vez no me atrevería a hacerlo. Pero entonces yo no había pensado seriamente en dedicarme a escribir, y tampoco podía suponer que ese lugar sería el escenario de la mayor parte de mi obra. Para bien o para mal, ambas corren paralelas, y los límites de Breda se han ido ampliando al mismo tiempo que los de mi narrativa.

Surgido como una necesidad de definir un territorio propio –geográfico y moral– donde dar rienda suelta a los personajes imaginados, Breda ha sido al mismo tiempo una residencia en la tierra y una fuga. Digo una residencia porque me ha permitido dar fe del mundo que me rodea, de lo que he visto y recuerdo, o de lo que creí ver y el tiempo y las trampas de la memoria han convertido en certeza. Y también digo fuga porque dicho mundo tiene una fuerte influencia rural de la que, sin embargo, siempre me han disgustado los aspectos más folclóricos y pintorescos, los más apegados al terruño, a las anécdotas costumbristas, a los refranes o al habla popular. Si de algo he huido, ha sido del casticismo, de ese realismo arcaico que sólo es una mutilación de la realidad.

Años después he llegado a pensar que en la creación de Breda debió de influir la circunstancia de que varios de los escritores que más admiro habían creado sus propios territorios, como si la geografía de la Tierra no fuera suficiente ni adecuada para alojar el mundo imaginario que llevaban en sus cabezas: el gran Onetti y *Santa María*; García Márquez y *Macondo*;

Benet y *Región*, y Faulkner y *Yoknapatawpha*. En estos lugares, las estirpes de personajes aparecen condensadas una y otra vez, de forma parecida a como los dramaturgos clásicos griegos retomaban en distintos momentos y tragedias a los mismos personajes de la mitología de la guerra de Troya.

“¿Dónde está Breda?”, me preguntan a menudo. Breda es una síntesis del paisaje del norte de Extremadura, si bien los componentes ficticios de su orografía impiden su localización exacta. Pero basta con recorrer unas decenas de kilómetros para ir encontrando los referentes reales que una mirada atenta puede adivinar: el Yunque, el Volcán, el río Lebrón, el pantano, la reserva de El Paternóster... Si tuviera el poder de elevarla por los aires, sé el paraje exacto donde la colocaría: es un lugar ambiguo, y desde su génesis intenté que contuviera una dimensión moral que reflejara la propia condición humana que siempre anda a caballo entre el resplandor y la penumbra, entre el bien y el mal, entre las cumbres y el abismo. En Breda, a un lado está la sierra, al otro el llano; a un lado se alza el bosque, al otro el cereal; a un lado habita el jabalí, al otro la paloma; a un lado crece la zarza, al otro la amapola; a un lado hay agua, al otro su carencia. Breda se aleja por igual de una Extremadura llena de verdes melindres como de aquella otra de exclusivo color amarillo que los escritores regionalistas del primer tercio del siglo XX describieron: una región parda, seca, pobre, doliente e inmovilizada en una especie de eterno verano telúrico. Los versos de Chamizo, (“Porque semos asína, semos pardos,/del coló de la tierra,/los nietos de los machos que otros días/triunfaron en América”) ilustran una imagen tópica y burda que no se corresponde exactamente con la imagen del norte extremeño que conozco.

Hoy, casi veinte años después de haber comenzado a escribir mi primera novela, sé que ya nunca podré escapar de Breda. Aunque emprenda salidas transitorias a otros territorios —el México revolucionario de 1912, alguna aventura de Ricardo Cupido en una ciudad marítima, el itinerario europeo de la protagonista de *Venas de nieve*—, siempre volveré a Breda, a convivir con los viejos conocidos que la habitan, o a interesarme por los forasteros que han llegado, o simplemente a preguntar de dónde procede ese extraño rumor narrativo que suena en mis oídos. Seguiré escribiendo de ella mientras haya callejones que no conozco, casas que no sé por quiénes son habitadas o parajes por los que aún no he transitado.

Aquí me siento libre, en este lugar que ningún pie había hollado jamás, donde nadie había estado nunca antes. En Breda soy dueño y señor de un territorio donde nadie puede venir a pedirme cuenta de mis

actos. Aquí dentro niego y concedo el paso a quien deseo, lo aniquilo o le invento descendencia, lo empadrono o lo exilio para siempre. No es un territorio muy extenso, ni muy rico en minas, ni tiene costas bañadas por un mar que ofrezca épica, turismo y atardeceres, pero es mi suelo en propiedad, donde yo elijo el clima y la arquitectura y fabrico la moneda y timbre. El lenguaje y las palabras son sus únicas monedas de valor.